

Mercure 8.x.72 p.5

D. 1960-178 - P. 1960-178 - P. 1960-178 - P. 1960-178 - P. 1960-178

Crónica Literaria

Por ALONE

Edgardo Górrido Merino. Premio Nacional de Literatura.

Pocas veces un Premio Nacional habrá causado, no sólo en la noche, tan justa y complacida, hasta diríamos una sensación de alivio, como el que acaba de otorgarse al autor de "El Hombre en la Montaña", "La Soledad en el Cielo", "El Barco Inmenso" y tantas páginas que dignifican nuestra literatura.

Edgardo Górrido habrá llegado a ser así, encarnación del artista, al tiempo célebre y desconocida, cosechado y pesimista, víctima del destino que persigue a quienes dedicaron exclusivamente su espíritu a una misión considerada de orden superior.

La calidad de su prosa lo convierte en sitio en el que no se disienta, si no habla logrando una armonía rara en países de incipiente cultura y estable sobre las corrientes pasajeras de la vida literaria. Cuando se hablaba de su autor, tan distante de la correspondiente a sus méritos, hacia un encogimiento de hombros, como ante una amiga tontería.

El Premio Nacional la ha visto ratificada su ley por otra que, no debe olvidarse, propuso en la oportunidad el Ministro Maximino Palet con los argumentos de las innumerables ventajas de compensar de sus sacrificios y el principio de una etapa menos incierta, en más de un aspecto, humana y materialmente satisfactoria.

Porque la carne era fina, pero él espíritu permanecía alerta y su inteligencia viva. Amigos y admiradores generosos le animaron la idea de trasladarse a un país de América señalado por su sólida prosperidad, donde no faltaría los problemas que aquí lo atormentaban. El resistió la tentación, alegando que no quería morir en peajes, sino en su propia tierra, el de su país, el de su vida, agregando otro testimonio: «yo de Zaragoza y Solábení soy la tierra continental que nació el terruño, aunque el terreno este terribil; ando hasta sus raíces».

No conseguieron convencerlo en el espíritu de Górrido Merino largas discusiones ni una dura, ingrata, temerosa lucha interna más fuerte que la muerte.

La alta compensación que le llegó muestra ya por eso un noble sentido de feliz recompensación y la promesa de largos días en renovadora paz.

Y ella misma también ofrece un valor simbólico.

Muerte de Henry de Montherlant.

Aunada a la muerte es, su primera confrontación con la vida, poligiosa y heroica, que se formó, fue en los plazas de toros, donde España lo cultivó; pero también la soledad e inquietaban los gatos, los perros que cruzan sus páginas con todo su personalidad. Dejó a los estadios atléticos y a la juventud, objeto de su predilección apasionada, mella agresiva que pasó la escuela del vigor natural, de la existencia libre, sana e impetuosa, más solitaria, co se solvió si más allá del mismo mar el horizonte despareja, surge el autor a la mujer, siempre con el sentido de lucha, oposición y dolor, no negra impotencia y negatividad.

Tal vez sólo el teatro ofreña un poco la carga sumiosa, pleática y fatalista de su personalidad, marcada por un solo individuo que está en el principio de su prosa, vive en las entrañas de Francia si no existe Saint-Bonon, el de la triste certeza, creyedora.

Rebelde a suyo, en especial a las humillaciones de la muerte, su estilo crea su mundo aparte, a la vez salvaje y refinado, esplendoroso y sencillo, mixto de sonrisa popular y de esencias ar-

cazadas, que se impone por insolencia caballeresca y un tenaz humor oscuro, palpable, tierno, cruel, que hace resaltar el sarcasmo y sobre todo imágenes de potente relieve.

Armando numerosas armas, cayendo, subiendo, subiendo con todos los dientes, empezando por el más cabalgador, el de su personalidad en que él sombrío, luego poniéndole su talento asesino, recordando acatado, y en seguida durante sus viajes de patria suelta al que nadie resistía.

Un monstruo, sin embargo, lo detuvo.

"Vení la acorralación y sus horribles magistros — dice — Enfrente la guerra, sombrío expediente lejano, se pone la soledad, el plomo, el triste y la mal peligro que acuchilla la vida privada de un hombre oculto a aquello hacia el fin poniéndole un monstruo que el cual me lo da desde el matadero...". En ese recorrido, su evolución más que la del toro, es la del torero oyendo deudas a tierra, para espumarlo en lucidos pasos, elocente después, más tristes aún las larguerillas y luego regocijado y espuma, luciendo la leja hasta el testuz.

Toda esa serie de reflexiones acorralan en cierto modo a la muerte, el temor, magia", escribe. Defendiendo a los soldados: "Hoy soldados y soldadas y es granito de la moralidad" dice algunos, cuando este "soldado" que pueblan nuestras encarnaciones como nunca el matrimonio los pudría contener; porque hoy una novia de estar casada en la silla a veces "se ve desfilar en el matrimonio". La ve ir de un Thibaut de un Battistero, como Nietzsche la fuerza soñar. Como las tragedias decían: "relacionadas", "la confundían en su vejez", "comienzan que hacer lo que hacen sobre". Schenky en cambio y suscribiéndose el bencisimo "bienaventurado a veces muerte para una causa que vale con ella". Siempre los pasos, el sonido, los gritos y la bandera, la suerte saltar el destino lo siempre. Toda una serie de novelas se nos dan sin entradas de temas posibles y sangras inaprensibles terminadas con la tuga y la persecución.

Demasiado escritor para ser gran novelista, la fuerza y el relieve de sus novelas, rompe entre las manos de Montherlant el sofisticado novelismo y no ceja viviente sino los compromisos de su estilo. A cada paso tritura pequeños cuadros, escenas domésticas, crónicas de vida popular, una paqueta quejumbra: al salir del pueblo, el pobre, hambriento, para carreteras, económan por tierras, o para el teatro, Standard no tiene ni tienen el deber". Si inmediato, Otra: "Antes de la guerra Costas tenía un pastor alemán y, a menudo, el perro, viéndole sufrir, se apresuraba a ver que se lo pasearan, luego le devolvía, con pena disimulada, que no se lo llevaba para que lo devoraran. Dando descuidos inverosímiles entre detrás de una piedra o bien, conversando en la noche, riendo para dormir. Consuelo, al fin, porque la muerte para leer o trabajar, el perro o lastimado, "Está sera la última vez que te lancé una piedra". Ante los ojos suplicantes del animal y su irresistible tristeza, esa "última vez" se repite y vuelve a repetirse". Hasta aquí el perro, cambiando de comidas, regresaría a casa sola y el libro del demonio de la compasión, podía reabrir el libro. Apenas un leve toque y el criollo se vuelve alegre, estrena un grito la cosa blanca.

Otra vez al fin el destino le presenta su copa de amargura regocijando al lector de maso, encima, la tumba.

Un gesto unige Montherlant.

Crónica literaria [artículo] Alone

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile